UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA ~~CIUDAD EVA PERÓN~~ [Plata]

FACULTAD DE CIENCIAS NATURALES Y MUSEO

NOTAS DEL MUSEO DE LA CIUDAD ~~EVA PERÓN~~ LA PLATA

TOMO XVI — Antropologia, Nº 5[redacted] 57

DATOS DE ETNOGRAFÍA PEHUENCHE

DEL LIBERTADOR JOSÉ DE SAN MARTÍN

POR

MILCÍADES ALEJO VIGNATI

~~EVA PERÓN~~ LA PLATA (Prov. Buenos Aires)

REPÚBLICA ARGENTINA

1953

TRABAJO



FACULTAD DE CIENCIAS NATURALES Y MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE EVA PERÓN
NOTAS DEL MUSEO DE EVA PERÓN
TOMO XVI Antropología, N° 54 57

DATOS DE ETNOGRAFÍA PEHUENCHE

DEL LIBERTADOR JOSÉ DE SAN MARTÍN

POR

MILCÍADES ALEJO VIGNATI



EVA PERÓN (Prov. Buenos Aires)
REPÚBLICA ARGENTINA

1953

FACULTAD DE CIENCIAS NATURALES Y MUSEO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE EVA PERÓN
NOTAS DEL MUSEO DE EVA PERÓN
TOMO XVI Antropología, Nº 54

DATOS DE ETNOGRAFÍA PEHUENCHE

DEL LIBERTADOR JOSÉ DE SAN MARTÍN

Por MILCÍADES ALEJO VIGNATI

Hace un lustro que Alfredo G. Villegas tuvo la feliz iniciativa de dar a conocer en su redacción primigenia, el documento emanado de San Martín motivo de estas líneas. Como bien dice el editor « acaso no pueda afirmarse en forma categórica que este escrito sea inédito, pues aunque no se ha publicado nunca literalmente ni se le ha citado en forma expresa, su uso parcial — bien que con ciertas modificaciones y traducido — por Miller, quítale el atractivo e interés que le diera su absoluta originalidad » [1]. Pero esta circunstancia anotada por el editor, valedera en el campo histórico [2], no cuenta en el etnográfico, donde ha pasado totalmente

[1] Alfredo G. Villegas, *Un documento de San Martín con referencias históricas*, en *Anuario de la Sociedad de Historia argentina* 1943-1945, 349; Buenos Aires, 1947.

[2] Mitre ha empleado este documento — a través de la versión de Miller — al redactar su *Historia de San Martín*, pero en forma fragmentaria y, a las veces, errónea por introducir conceptos propios al no conformarse a la información de aquel. Cito dos hechos concretos que justifican mi aseveración : dice que los indígenas, el día del encuentro, se acercaron al fuerte « al son de sus bocinas de cuerno ». Es indudable que se refiere a la *trutruca* araucana que, a más de no pertenecer al instrumental músico de los Pehuenche, con su longitud de 4 a 5 metros no es apropiado para tocar durante la marcha a caballo. Ni aun siquiera sería presumible el empleo de la trompeta *lolkin* — desconocida, por cierto, por nuestros musicólogos — compuesta de un tallo de cardo grande *t'oll'o* * de m 1,50 de largo, de un cuerno de vaca y de una boquilla de unos

* En otro lugar, el propio Lenz, da como nombre del cardo usado el fonema *troltro* (cfr. : Ernesto Wilhelm de Moesbach, *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Prólogo, revisión y notas del doctor Rodolfo Lenz ; 375, nota 1 ; Santiago de Chile, 1936.

inadvertida no obstante su valor intrínseco de proporcionar una información pormenorizada de esta entidad aborigen, comúnmente confundida con los araucanos o, por lo menos, considerados como olvidados de sus costumbres vernáculas.

El origen de este documento es conocido : el general Guillermo Miller — subalterno de San Martín en la campaña libertadora — requirió de su antiguo jefe y amigo algunos informes que le sirvieran para redactar sus » Memorias ». Una de estas contestaciones — escrita, al parecer, por los meses abril-mayo de 1827 [1] — contiene, entre otras, las respuestas a las pregunta 8ª y 9ª formuladas por el militar británico, relativas al parlamento con los indios Pehuenche, cuyo texto transcribo a continuación.

He utilizado el texto proporcionado por el señor Villegas sin creer necesario su cotejo con el original, introduciendo, únicamente, los números de llamada para las correspondientes notas aclaratorias o de comentario y correlación, que se dan reunidas al final. Considero que el documento — es decir, sin el *corpus* formado por el conjunto de las notas — constituyen el aporte más substancial que se tiene relativo a los indios Pehuenche, con el mérito — nada despreciable — de trastocar fundamentalmente, el conocimiento que de ellos se tenía para situarlos donde corresponde. Y tanto más útil es esta descripción por cuanto, simultáneamente, he extinguido — con la demostración inexpugnable de plagio — al *Tratado* que, erróneamente, pretendía darlos a conocer, el cual gozaba entre nuestros etnógrafos de un predicamento pocas veces igualado en la bibliografía.

6 cm de longitud (cfr. : Rodolfo Lenz, *Estudios araucanos. Materiales para el estudio de la lengua, la literatura i las costumbres de los indios Mapuche o Araucanos*, 390 ; Santiago de Chile, 1895-1897). El segundo desliz es el de consignar que fué de 8 días la duración de la orgía consecutiva al Tratado, siendo que San Martín informa a Miller que terminada la borrachera, el cuarto día se dedicó a intercambiar obsequios y que el quinto, cada uno tomó el rumbo de sus propias habitaciones (cfr. : Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, en *Obras completas de Bartolomé Mitre*, II, 234 y sgte. ; Buenos Aires, 1939).

[1] Villegas, *Un documento*, 348.

TEXTO DE LAS CONTESTACIONES AL GENERAL GUILLERMO MILLER

RELATIVAS A LOS INDIOS PEHUENCHE

Por JOSÉ DE SAN MARTÍN

A la 8ª... El Parlamento con los Indios Peguenches [1] se verifico en Septiembre de 1816 en el Fuerte de San Carlos distante 30 leguas al Sur de Mendoza ; este Parlamento fue convocado para pedir liencia a los Casiques a fin de que permitiesen el paso de su Territorio a el Ejercito de los Andes que debia atacar a Chile, y aunque jamas entró en el — / Plan del General San Martin verificar su ataque por el Sur, su objeto no fue otro que de hacer creer al General Enemigo qual era *el punto* que se amenazaba ; afin de que cargase sobre el la maza de sus fuerzas, y desguarneciese el del verdadero ataque, lo que se consiguió.

Los Indios Peguenches, hombres de una talla elevada, de una musculazion vigoroza, y de una fisionomia viva y expresiva [2], ocupan un territorio al pie de la Cordillera de los Andes de 100 a 120 leguas al Sur del Rio Diamante, limites de la Provincia de Mendoza [3] : pasan por los mas valientes de este territorio, no conocen ningun genero de Agricultura [4], y viven de frutas silvestres [5], y de la carner [*sic*] de Caballo [6] : su vida es errante y mudan sus abitaciones, (que se conponen de tiendas de pieles) [7], a proporcion que encuentran pastos suficientes para alimentar sus crecidas Caballadas. Son excelentes jinetes, y viagen [*sic*] con una rapidez extraordinaria, llevando cada uno diez o doce Caballos por delante para mudar en proporcion que se cansan, pero tan dociles y bien enseñados, que en medio del Campo los llaman por su nombre, y sin el ausilio del lazo los toman con la mano para cambiar. Se daran algunos detalles sobre este Parlamento.

Con anticipacion de un dia el General San Martin se havia transportado al Fuerte de San Carlos precedido de 120 barilles [*sic*] de aguardiente, 300 de vino, y un gran numero de frenos, espuelas, vestidos antiguos, bordados, y galoneados, que habia

echo recoger en toda la Provincia. sombreros y pañuelos ordinarios, cuentas de bidrio, frutas secas &&, preparativos indispensables en toda reunion de Indios: El dia señalado para el Parlamento a las ocho de la mañana enpesaron entrar en la Explanada que esta en frente del Fuerte cada Casique por separado con sus hombres de Guerra, y las mujeres y niños a Retaguardia: los primeros con el pelo suelto [8], desnudos de medio cuerpo arriba [9], y pintados hombres [10] y Caballos [11] de diferentes colores, es decir, en el estado en que se ponen para pelear con sus Enemigos. Cada Casique y sus tropas devian ser precedidos (y esta es una prerogativa que no perdonan jamas porque creen que es un honor que deve hacerseles) por una partida de Caballeria de Cristianos, tirando tiros en su obsequio. Al llegar a la Explanada las mujeres y niños se separan a un lado, y enpiezan a escaramuzear al gran galope; y otros a hacer baylar sus Caballos de un modo sorprendente [12]: en este intermedio el Fuerte tiraba cada 6 minutos un tiro de Cañón, lo que celebraban golpeandose la boca, y dando espantosos gritos; un quarto de ora duraba este especie de torneo, y retirandose donde se hallaban sus mujeres, se mantenian formados, volviendose a comenzar la misma maniobra que la anterior por otra nueva tribu. Al medio dia concluyó esta larga operacion en cuyo intermedio una Conpañia de Granaderos a Caballo y 200 Milicianos que havian aconpañado al General se mantuvieron formados. En seguida comenzo el Parlamento: a este efecto havia preparado el Comandante de la Frontera en la pequeña Plaza de Armas, una mesa cuyo tapete (por no haber otra cosa) era un paño del pulpito de la Capilla, y diferentes bancos para los Casiques y Capitanes de Guerra unicos que entran en la conferencia, quedando todo el resto de los demas Indios formados y armados hasta saber el resultado del Parlamento. Convocados para comenzar, tomaron sus asientos por orden de Ancianidad, primero los Casiques, y en seguida los Capitanes: El General en Gefe el Comandante General de Frontera y el Interprete, que lo era el padre Inalican Frayle Francisco y de nacion Araucano [13], ocupaban el testero de la mesa. El Frayle comenzo su arenga haciendo les presente la estrecha amistad que unia a los Indios Peguenches al

General que este confiado en ella, los havia reunido en Parlamento general para obsequiarlos abundantemente con bebidas y regalos, y al mismo tiempo para suplicarles permitiesen el paso del Ejercito Patriota por su Territorio, a fin de ir atacar a los Españoles de Chile, extrangeros a la Tierra, y cuyas miras eran de echarlos de su Pais, y robarlos sus Caballadas, Mujeres e Hijos. &.&.&. Concluido el raconamiento [*sic*] del Frayle un profundo silencio de cerca de un quarto de ora reinó en toda la Asamblea. A la verdad era bien original el cuadro que presentaba la reunion de estos Salvajes con sus cuerpos pintados y entregados a una meditacion la mas profunda. El inspiraba un interes enteramente nuevo por su especie.

Se me havia olvidado prevenir que al tiempo de comenzar el Parlamento el General havia ofrecido de beber a los Casiques y Capitanes, pero todos ellos se negaron diciendole no podian tomar ningun licor por que sus cabezas no estarian firmes para tratar los asuntos que se iban a discutir : al fin el Casique mas anciano rompió el silencio y dirijiendo la palabra a los demas Indios ; les propuso si eran o no aceptables las proposiciones que los Cristianos les acababan de hacer : Esta discusión fue muy interesante : todos ablaron por su turno, pero sin interrumpirse y sin que se manifestase en ninguno de ellos la menor impaciencia ; exponiendo su opinion con una admirable concision [14] y tranquilidad ; puestos de acuerdo sobre la contestación que devian dar se dirijio al General el Casique mas anciano [15], y le dixo : todos los Peguenches a exepcion de tres Casiques que nosotros sabremos contener, aceptamos tus propuestas : entonces cada uno de ellos en fee de su promesa abrazo al General a la exepcion — de los tres Casiques que no havian convenido : sin perdida se puso aviso por uno de ellos al resto de los Indios [*fs. 2*] comunicandoles que el Parlamento havia sido aceptado ; a esa noticia desensillaron y entregaron sus caballos a los Milicianos para llevarlos al pastoreo ; siguió el deposito de todas sus Armas [1] en una pieza del

[1] Las Armas de los Peguenches son la lanza, algunos machetes, y el Cuchillo [19] : las entregan de su propia voluntad a los Cristianos, pues conocen que dandose a la embriaguez mas espantosa, se matarian unos a otros si no tomasen esta precausion.

Fuerte, las que no se les devuelve hasta que han concluido los Fiestas del Parlamento [16]. Es a la verdad inconcevible en medio del caracter de los Indios la confianza que depositan quedando desarmados y entregados por decirlo asi a la merced de sus naturales Enemigos. No es menos interesante la solicitud que enplean sus Mujeres para que sus Maridos y Parientes no oculte arma alguna, pues la epocá de sus venganzas es cuando se entregan a la enbriaguez. Finalizado el deposito se dirijieron al Corral donde se les tenian preparadas las llegua necesarias para su alimento. El espectaculo que presenta la matanza de estos animales es lo mas disgustante. Tendido el animal y atado de pies y manos le hacen una pequeña insisión cerca del gasnate, cuya sangre chupan con preferencia las Mujeres y Niños, aplicando la boca a la herida [17]; desquartisado el animal lo ponen asar cuyo operacion se reduce a muy pocos minutos [18]. Las pieles frescas y enteras de las lleguas las conservan para echar el vino y aguardiente todo mesclado indistintamente, lo que se verifica del modo siguiente. Hacen una escabasion en la tierra de dos pies de profundidad y de quatro a cinco de circonferencia, meten la piel fresca en el auguero abierto en la tierra, y aseguran los extremos de ella con estacas pequeñas : en este pozo rebestido de la piel, se deposita el licor [20], y sentados al rededor enpiezan a beber solo los hombres : estos pozos se multiplican segun el numero que se necesitan pues para cada pozo solo se sientan 16 o 18 personas al rededor. Las Mujeres por separado dan principio a beber despues de puesto el sol [21], pero quedan quatro o cinco de ellas en cada tribu que absolutamente se abstienen de toda bebida, a fin de cuidar de los demas [22]. Aqui enpieza una excena enteramente nueva. Que se representen dos mil personas (este era poco mas o menos el numero de Indios, Indias, y Muchachos que concurrieron al Parlamento) exaltados con el licor hablando y gritando al mismo tiempo, muchos de ellos peleandose, y a falta de armas, mordiendose y tirandose de los Cabellos; los lamentos de las Mujeres, y los llantos de los Chiquillos, y se tendra una idea aproximativa del espectaculo singular que presentaba este Cuadro [23]. Los Milicianos se hallaban en continua ocupacion afin de separar a los Contenden-

tes, a cuyo efecto se habian nombrado fuertes partidas con este objeto, y el de evitar en quanto se pudiese las desgracias que podian occurrir. A la media noche la excena havia cambiado ; Indios e Indias se hallaban tendidos por tierra, y como si estuviesen poseeidos de un profundo letargo, a excepcion de algun que otro que arrastrandose por el suelo hacia tal qual movimiento. A este disgustante espectaculo la imaginacion no podia presindir de hacer algunas reflexiones, considerando lo degradado que es el hombre en el estado de la simple naturaleza al fin, este disgustante Cuadro duró tres dias consecutivos, es decir, hasta que se les dixo haverse concluido todas las bebidas ; el terminó lo mas felizmente posible, sin mas desgracias que la de dos Indios y una India muertos, perdida bien pequeña, si se consideran a los exesos a que se havian entregado, y sin que puedan evitarse estos males, pues si no se les dá de beber con una grande abundancia se resentirian tomandolo por un terrible insulto. A el quarto dia fue destinado a los regalos ; cada Casique presento al General un poncho obra de sus Mujeres [24], que algunos de ellos no carecian de mérito, sobre todo por la viveza y permanencia de sus colores ; por parte del General les fueron entregados los efectos anteriormente referidos, los que apresiaron con particularidad los vestidos y sombreros, de que en el momento hicieron usó ; este dia fue el más incomodó de todos los que duró el Parlamento pues el que conosca el caracter inportuno de los Indios para pedir, debe persuadirse que tenian el General bloqueado, sin dejarlo, descansar un solo momento : en conclusion, el quinto dia marcharon muy satisfechos asegurando no haver conosido jamas Parlamento mas esplendido.

Aunque havia oido que las Indias en el momento despues de parir se bañaban, no habia querido dar entero adsenso, mas al segundo dia de la llegada de los Indios una India parió un niño, cuya madre con el recien nacido se metieron en seguida en un Arroyo aconpañada de otras mujeres [25] : la parida permaneció en el agua por largo tiempo, y a su partida que procuré verla, gozaba ella y su hijo de la mejor salud ; el Frayle Interprete tuvo una oportunidad de arrancar el alma del recien nacido de las garras del Diablo, pues con el pretexto de presentarlo al General lo Bau-

tizo en el quarto de este suplicandole fuese el padrino a lo que adsedio [26].

A la 9ª... Los Indios Peguenches son una nacion enteramente diferentes de los Araucanos [27], y separados de estos por la gran Cordillera [28] : su poblacion se regula en unos 12 a 14 mil abitantes [29] anteriormente eran muy numerosos, mas las biruelas, y en el dia el mal benereo, hace en ellos orribles estragos [30] : no se le conoce ningun genero de adoracion ni culto [31], y son reputados por bravos [32] : ellos mantienen continuas Guerras con los otros Indios Colindantes, y no se dan Quartel exepto a las Mujeres y Niños. La hospitalidad la guardan religiosamente, y la benganza es la pasion / que mas los domina: la indolencia y pereza de los hombres llega a lo infinito, pues pasan su vida tendidos [33] y bebiendo una especie de Chicha compuesta de frutas silvestres [34], enfin, el Indio Peguenche no se ocupa mas que de la Guerra ; sus Mujeres (pues usan de la Poligamiá) son las que llevan el peso del trabajo : Ocupadas en el cuidado de sus hijos y demas queaceres domesticos, pastorean a mas las Caballadas, y aun es de su obligacion el ensillar el Caballo del Marido : El resto del tiempo lo emplean en texer Ponchos [35], con lo que y alguna sal, que llevan a Mendoza hacen un traficó que cambian por frutas secas y licores [36].

En la Rebolucion de America se han mantenido neutrales a pesar de los esfuerzos que a echo el Gobierno Español para que nos hostilizasen, bien que esta neutralidad se a mantenido haciendo continuos regalos a los Casiques mas influentes.

NOTAS

A LOS

«DATOS DE ETNOGRAFÍA PEHUENCHE»

[1] Pehuenche es un apodo de origen araucano que ha perdurado a través de los siglos sin que hasta ahora se hubiera intentado eliminarlo, más por enervante credulidad que por inercia mental. Antes de señalar gentilicios, creo conveniente aclarar — evitando interpretaciones torcidas — que estos indígenas fueron conocidos de antigno en Chile adonde iban para el robo de ganado, de mujeres y de niños de los Araucanos, tal vez, aun antes de la conquista, en lo que concierne a los dos últimos motivos, costumbres depredatorias que obligaron a los españoles a la construcción, en 1565, del fuerte San Ildefonso en las proximidades de la actual ciudad de Chillán. Este fuerte tuvo vida efímera, pues fué asaltado y quemado por los Pehuenches a los pocos años. Como continuaran sus incursiones, en 1580 Ruiz de Gamboa fundó Chillán con el nombre de San Bartolomé y los persiguió hasta más aquí de la cordillera andina, sin conseguir reducirlos a sosiego ya que cuatro años después los Pehuenches tenían amedrentados a los habitantes de la nueva ciudad. Tal era su prepotencia que, a comienzos del siglo XVII, algunas agrupaciones se presentaron en el curso superior del río Bío-Bío y los valles interandinos por donde se fueron propagando hacia el sur hasta la altura de Villarrica. El apodo, usado a manera de nombre, se había hecho familiar por consiguiente, para la milicia de Chile y nada tiene de extraño que sus miembros trasladados a las regiones cuyanas, al encontrarlos en el versante oriental de los Andes, los hayan seguido llamando con el mismo apodo con que los conocían allá.

He dicho al comienzo de esta nota que es posible dar nombres gentilicios de los denominados vulgarmente Pehuenche. En un proceso comenzado en Mendoza en 1658 — cuya exégesis etnográfica todavía no ha sido hecha con la amplitud y ajustado criterio correlativo a su valor — queda bien establecido el apelativo Saquisguer « que así se nombran los indios de aquella tierra y — añade el indagado — que estos que nombra son pegüenches » (Pablo Cabrera, *Los aborígenes del país de Cuyo*, 189; Córdoba, 1929); tal nomenclatura no pasó inadvertida

al procesante que, pocos días después, al interrogar a otro de los reos inquirió ¿ « qué nación se llama Saquisguer » ? obteniendo la respuesta que los de « esa nación son pegüenches y que de esos son los que ahora se cojieron y los que se retiraron » (Cabrera, *Los aborígenes*, 192). En otro lugar, un nuevo deponente, considera que su « nación es Sequelquián * entre dos cordilleras » (Cabrera, *Los aborígenes*, 138). Al parecer — sin buscar acomodos de los informes históricos a prejuicios personales que tanto deforman la visión — bajo el denominador común de Pehuenche, estaban comprendidos varias bandas o parcialidades — dos de cuyos nombres : Saquisguer y Sequelquián ahora quedan establecidos — cuyas diferencias somáticas, culturales e idiomáticas desconocemos, pero que no debemos desechar en aras del amor propio. No quiero terminar esta nota sin indicar que es muy sugerente la terminación 'ián' igual a las de muchos etnos del sur de Mendoza ; vínculo que si se confirmara, justificaría, en parte, la hipótesis de Latcham según quien « es muy posible que la nación que ha figurado en la historia con el nombre de Pehuenches sea una extensión del mismo pueblo » [Chiquillames] (Ricardo E. Latcham, *Los indios Chiquillames*, en *Atenea. Revista publicada por la Universidad de Concepción*, año IV, n° 9, 323 ; Concepción, 1927).

En las notas, según se verá, hago simplemente uso del apodo Pehuenche, en primer término para concordar con el texto de San Martín y, en segundo lugar, porque aun no he logrado indagar, con los elementos a mi alcance, si las dos naciones nombradas eran las únicas que constituían la agrupación y si alguna de ellas mantenía cierta hegemonía que justifique su uso nominaticio.

[2] Hay perfecta concordancia entre los caracteres físicos que atribuye San Martín a los Pehuenches con quienes estuvo en trato, con los

* He copiado a la letra los nombres de acuerdo al « Proceso » y hago esta aclaración por cuanto en el nomenclador correspondiente, el padre Cabrera introduce como válidos los términos *Saquirguer* y *Sequequelan* (Cabrera, *Los aborígenes*, 532) sin dar explicaciones de esas variantes. Dado el positivo valor que tiene el documento que me ocupa para el conocimiento de los indígenas de Mendoza, considero que se haría obra meritoria en darnos una versión paleográfica del mismo. El doctor Tanodi que hace poco nos ha dado el texto definitivo del célebre Repartimiento de Garay (Aurelio Zlatko Tanodi, *Repartimiento de indios del año 1592*, en *Revista del Museo Mitre*, n° 4, 66 y sgtes. ; Buenos Aires, 1951), podría continuar su valiosa y ponderable colaboración con este « Proceso ».

que consiguió, allá, por 1563 Mariño de Lovera historiando la 'entrada' del capitán Pedro Leiva según quien « todos sin excepción son delgados y sueltos aunque no menos bien dispuestos y hermosos por tener los ojos grandes y rasgados, y los cuerpos muy bien hechos y altos » (Pedro Mariño de Lovera, *Crónica del Reino de Chile, por el capitán don...* en *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional,* VI, 268 ; Santiago, 1865) y varios más son los que están concordes en su gran estatura.

Esa 'talla elevada' — cabe señalarlo expresamente — es un hecho, no una hipótesis, ni una teoría, ni una logomaquia, que habla de la pureza de sangre, sin hibridación racial con los araucanos cuya poca alzada nadie pone en duda.

En el proceso de 1658, un deponente, refiriéndose a un Pehuenche, lo indica « uno alto » (Cabrera, *Los aborígenes,* 122) y eso entre el conjunto de indígenas del sur de Mendoza cuya elevada estatura siempre ha sido motivo de ponderación.

[3] El territorio que San Martín les asigna como ámbito deambulatorio (de 500 a 600 kilómetros) queda comprendido en el que le atribuyen los cronistas chilenos que en general, han estado concordes con la amplitud del habitat geográfico ocupado por estos indígenas, pero no en su ubicación. Tal diversidad de opiniones ha quedado sintetizado en un ilustrativo cuadro que Latcham ha compilado y en el cual es dable comprobar los límites extremos: 34° al norte y 41° como límite sur (estos 7° a 111.3 km el grado equivalen a 779.1 km). Ambos son, fuera de toda duda, exagerados : cuando el proceso de 1658, la región de San Carlos y las 'guayquerías' — localidades entre las cuales pasa el paralelo de 34° — son territorio de los indios « de la tierra » ; el 41° cruza el lago Nahuel Huapí, zona donde no existe la Araucaria y, por consiguiente, faltaba el alimento epónimo.

[4] El desconocimiento de la agricultura todavía en el segundo decenio del siglo XIX demuestra, sin dejar lugar a discusión que los Pehuenches no se habían araucanizado, y que el fundamento básico de su cultura nada tiene que ver con la de los indígenas trasandinos ni, mucho menos, con las costumbres que le atribuye de la Cruz (Luis de la Cruz, *Tratado importante para el perfecto conocimiento de los indios Pegüenches, según el orden de su vida,* en Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata,* I ; Buenos Aires, 1836).

Como es dable ver, San Martín puntualizó con visión certera, la cir-

cunstancia dirimente que hace imposible toda asimilación con aquellos.

[5] Es de lamentar que San Martín no haya concretado cuáles eran las « frutas silvestres » con las cuales se alimentaban ; pero es indudable que, en primer término, se refiere a los piñones cuyo uso preponderante les significó el apodo que, hasta la fecha, ha servido para denominarlos. Corresponde recordar que tan primordial usufructo ya había sido señalado por don Pedro Leiva hacia 1563, quien consigna « que de ellos hacen el pan, el vino y los guisados » (Mariño de Lovera, *Crónica*, 268).

Ello no obstante, es muy posible la utilización de otros elementos vegetales en la dieta diaria. En efecto ; sin pretender que estas informaciones pertenezcan íntegramente a los llamados Pehuenches, señalo que en el proceso de Mendoza de 1658 — ya tantas veces mencionado — se habla del acopiamiento de las vainas de algarroba (*Prosopis*, sp.) y de drupas de molle (*Schinus*, sp.) (Cabrera, *Los aborígenes*, 176, 192) que, más que para su alimentación, sugieren su empleo en la elaboración alcohólica. Sin embargo, no falta la mención mediante la cual quedamos enterados de la recolección de semillas (Cabrera, *Los aborígenes*, 168), sin que nos conste sus caracteres que nos permitan presumir cuáles eran, ni siquiera genéricamente.

[6] La carne de caballo fué prontamente adoptada por todas las naciones indígenas que tomaron contacto con los innumerables yeguarizos que habían prolificado en las pampas, consecutivamente a la dispersión de las primeras yuntas traídas por Mendoza.

No tengo presente que nadie haya intentado explicar el proceso de la mentalidad aborigen que determinó el pronto acomodo de conferirle al yeguarizo valor especial de víctima en los holocaustos desde las horas más tempranas de su asimilación a la vida indígena.

[7] Tal costumbre ya quedó anotada por los primeros cronistas : « las casas de los mas — dice Pietas — son de cueros de vaca o yegua, y las mudan tres veces al año, porque en el invierno viven a las orillas del rio o de la laguna, que hay muchas, por ser donde se cuaja menos nieve ; la primavera y parte del verano en las vegas, al pié de la montaña, y el fin de verano y el otoño en los pinares, en lo alto de la cordillera, y cada uno de ellos tiene como hacienda propia su pedazo de pinar, como sucede con las viñas a los españoles » (Gerónimo Pietas, *Noticia sobre las costumbres de los Araucanos*, en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile. Documentos sobre la historia, la estadística y la geografía*, I, 500 ; París, 1856) ; igual descripción proporciona Amat y

Junient: « estas habitaciones son portátiles y formadas de pieles de animales en que viven los indios Pegüenches en los valles que hallan a propósito entre las cordilleras, mudándolas por tiempos segun les parece conveniente a sus familias de unos a otros valles de manera que estos bárbaros vagan con sus toldos desde la jurisdicción de Chillán hasta el volcán de Villarrica » (Manuel de Amat y Junient, *Historia geographica e hidrographica con derrotero general*; en *Revista Chilena de historia y geografía*; Santiago, 1925) y, por último, Molina informa de manera similar: « habitan a la manera de los Arabes Scenitos, baxo toldos de pieles, que disponen en circulo, dexando en el centro un campo espacioso, donde pacen sus bestias mientras hay yerba. Quando esta empieza a faltarles, transportan sus barracas a otro sitio, y así de lugar en lugar van corriendo los valles de la cordillera » (Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia civil del Reyno de Chile*, segunda parte, 223; Madrid, 1795).

La vida errabunda que todos atribuyen a los Pehuenches es otro de los grandes y fundamentales caracteres de la cultura antagónico a toda asimilación al pueblo araucano, el cual, en su condición de pueblo agricultor es, intrínsecamente, sedentario.

Quiero destacar que los testimonios de Pietas y Molina tienen en este caso un valor extraordinario pues son las mismas personas que informan respecto al uso del habla araucana por los Pehuenches de la frontera, hecho aducido hasta el cansancio por nuestros araucanizantes que ocultan celosamente todos los otros datos que no solamente dicen, sino que gritan, su independencia cultural.

[8] No deja de tener su interés comprobar que para esa fecha todavía no había sido adoptada la vincha.

[9] Es lamentable que San Martín no haya dejado constancia del vestido que tenían de la cintura para abajo, tanto más que de mucho antes de esa época otros cronistas ya mencionan el uso de la manta exigida por la honestidad que luego fué llamada 'chiripá'. Amat y Junient es lapidariamente categórico: « visten — dice — calzón chamal » (Amat y Junient, *Historia*, 125) es decir, el paño que desde la cintura — levantada la parte de atrás por entre las piernas hacia adelante y asegurada con el cinturón — forma el calzoncillo elemental de la indumentaria indígena llamado 'chiripá' (Rodolfo Lenz, *Diccionario etimolójico de las voces chilenas derivadas de lenguas indíjenas americanas*, 305; Santiago de Chile, 1904), al que, igualmente, se ha de referir Gómez de Vidaurre: « en vez de calzones se envuelven en un pedazo de tela

cuadrilonga que ceñida a la cintura pende hasta la rodilla » (Felipe Gómez de Vidaurre, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile,* en *Colección de historiadores de Chile*, XIV, 300 ; Santiago de Chile, 1889) y también Molina en términos semejantes (Molina, *Compendio*, 222).

Cuando, hace años, describí el uso del taparrabo (Milcíades Alejo Vignati, *El uso del taparrabo entre aborígenes argentinos al sur del 30°*, en *Notas preliminares del Museo de la Plata,* I, 159 y sgtes. ; Buenos Aires, 1931), no asigné a esta pieza el carácter de tal ; sin embargo, es indudable que esa es su verdadera función. Para mencionar a un solo viajero pero por demás explícito, transcribo el párrafo pertinente de Musters : « El traje de los hombres consiste en un chiripá, prenda inferior que se atan sobre la cintura, hecha de un poncho, o de un pedazo de tela, y también de piel de guanaco ; pero, sea cual fuere su material, esa prenda es indispensable y la usan escrupulosamente, porque en ellos el sentimiento de la decencia es muy fuerte » (G. Ch. Musters, *Vida entre los patagones*, en *Biblioteca centenaria* [*de la*] *Universidad Nacional de La Plata,* I, 264 ; Buenos Aires, 1911).

[10] Según se ve, también los Pehuenches hacían uso de la pintura facial tan empleada por otros etnos en diversas circunstancias de la vida (ritualmente a veces, o como afeite de protección en otras). No es tan frecuente, en cambio, la pintura del cuerpo, cuyo uso entre estos indígenas ya había sido señalada por Amat y Junient : « Sus mayores ascos consisten en teñirse los rostros, brazos y piernas de varios colores » (Amat y Junient, *Historia,* 125). Igualmente, había quedado constancia de su existencia en un 'machi' de las llanuras sanluiseñas (Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile,* I, 392 ; Barcelona, 1891), entre los 'médicos' de los alrededores del Carmen (Félix F. Outes, *Observaciones etnográficas de Francisco Javier Muñiz*, en *Physis. Revista de la Sociedad argentina de Ciencias naturales*, III, 209 ; Buenos Aires, 1917), y para el sur de Patagonia (Byron, *An account of a Voyage round the world, in the years MDCCLXIV, MDCCLXV, and MDCCLXVI,* en John Hawkesworth, *An account of the Voyages undertaken by the order of His Present Majesty for making Discoveries in the Southern Hemisphere,* I, 28 ; London, 1773).

[11] No tengo recuerdo que ningún otro autor haya mencionado la pintura del caballo para las acciones de guerra ; cosa que, en cambio, formaba parte del ritual de los 'gnillatun' (Henry de la Vaulx, *A travers la Patagonie du rio Negro au détroit de Magellan,* en *Journal de la*

Société des Américanistes de Paris, II, 77 ; Paris, 1898 ; Henry de la Vaulx, *Voyage en Patagonie*, 132, figura pág. 133; Paris, 1901 ; Pablo Groeber-Enrique Palavecino, *Un nillatún en el lago Lakar*, en *Gaea. Anales de la Sociedad argentina de estudios geográficos*, III, 293, y figura 2 ; Buenos Aires, 1928).

[12] Este tipo de saludo de bienvenida, en el siglo pasado era común a todas las tribus patagónicas, siendo tan conocida que huelga toda cita bibliográfica que lo confirme.

Generalmente se le atribuye un origen araucano; sin embargo, tengo mis dudas al respecto. Para justificar mi incredulidad, recuerdo que en el proceso incoado en Mendoza en 1658, fuera de otras alusiones, en dos casos se menciona concretamente entre los Pehuenches y la gente de don Bartolo : « los dichos peguenches se juntaron en rueda — dice el cacique don Juan — y que su hermano y los demás en agradecimiento de la muerte del caballo escaramuceó con su gente y entraron al parlamento » (Cabrera, *Aborígenes*, 133) ; otro prisionero, concordantemente, depone : « llegaron los peguenches dándoles priesa a que pasasen luego y que escaramucearon los dichos pegüenches y el dicho don Bartolo con su gente » (Cabrera, *Aborígenes*, 190).

[13] La circunstancia que el fraile empleado como lenguaraz fuese de origen araucano, no implica, forzosamente, — salvo para quienes gustan ver las cosas al revés y asentarlas apodícticamente — que el idioma usado haya sido el de esa nación. Por el documento fechado en Mendoza, de 1658 — ya invocado en varias ocasiones — se sabe, sin lugar a dudas, que los Pehuenches tenían idioma propio, por cuanto fueron interrogados mediante intérpretes distintos a los usados para los « aucá ».

Seis décadas después se mantenía esa diferencia de idiomas, ya que el sacerdote Macé así lo informa en el título de una 'Relación' — que alguno, sin conocerla, menciona a través de Latcham — de la que doy traslado en el Apéndice, según la copia legalizada que poseo desde 1934.

¿ Hasta cuándo conservaron su lengua propia ? No falta quien se ampare del testimonio de Pietas de 1729 : « Los Pehuenches están entre dos cordilleras, hablan la misma lengua que estos fronterizos »... fronterizos a los cuales Latcham considera « los araucanos subandinos ». Pero ¿ qué interioridades sabía a su respecto el autor británico-chileno para que pocas páginas después asentara : « el primer autor (en cuanto sabemos) que declara que la lengua hablada por los Pehuenches fuese la araucana, es Molina » ? (Ricardo Latcham, *Los indios de la cordillera*

y la pampa en el siglo XVI, en *Revista chilena de historia y geografía,* LXIII, 169; Santiago de Chile, 1929).

Porque no se trata de un desconocimiento de la fuente ya que en el lugar respectivo aclara expresamente que es a Pietas en quien encontramos la descripción que emplea, de modo, por consiguiente, que hay una exclusión premeditada de ese testimonio. Tal vez, la razón personal que lo determinó a ello quede en parte explicada con el texto de otro estudio similar al que vengo citando. Dice así: « Cierto es que en el tiempo de Molina, hablaban la lengua araucana, *a lo menos las tribus que ocupaban la región interandina* » y encuentra causa suficiente para ello en la circunstancia « que desde la conquista y tal vez antes, se acostumbraban a maloquear los indios chilenos y robarles sus mujeres e hijos, los cuales se criaban en los hogares Pehuenches y al crecer se incorporaban en las tribus de ellos... y como los niños aprenden la lengua de las madres y la mayoría de éstas era de estirpe chilena, es natural que tanto la lengua como el tipo físico se modificara » (Latcham, *Los indios Chiquillanes,* 326; Ricardo E. Latcham, *La prehistoria chilena,* 133; Santiago de Chile, 1928).

La argumentación es aceptable, aunque no deja de ser una mera hipótesis; en cuanto a la fecha real de la adopción del lenguaje araucano en substitución total del propio, creo que ningún espíritu libre de prejuicios dejará de considerar que todavía es muy susceptible de discusión. En el fondo, lo fundamental, no es el idioma en sí, lo que nos interesa es la cultura, y ésta, fuera de toda duda, no fué asimilada por los Pehuenche hasta ya muy entrado el siglo XIX. La mejor prueba es esta información de San Martín que nos los muestra en ejercicio de sus propias costumbres.

[14] La concisión en el habla que les atribuye San Martín está muy lejos de poder ser confundida con el parloteo vacuo pero sonoro de los Araucanos.

Moreno, con esa peculiar exageración que salpimientó su narración de viaje, menciona un discurso de « dos días para decir que era negociante » (Francisco P. Moreno, *Viaje a la Patagonia austral,* I, 100; Buenos Aires, 1879); Mansilla, a su vez, se explaya en explicaciones de las intimidades de esta oratoria cuyo arte consiste en « hacer de una razón varias razones » (Lucio V. Mansilla, *Una escursión a los indios ranqueles,* I, 215; Buenos Aires, 1870).

[15] En el texto de la información, según se ve, no se menciona el nombre del anciano cacique que hacía cabeza de la concentración indí-

gena pero al decir de Mitre, San Martín lo llama « en un oficio » Necuñán (Mitre, *Historia*, I, 225, nota 1).

[16] El depósito de las armas ya es un hecho consignado por diversos autores para otros indios en circunstancias similares. Creo, sin embargo, no es superfluo la mención de algunos antecedentes. Muñiz los consigna para las agrupaciones que merodeaban el Carmen : « Se regala al cacique algun aguardiente ó vino con lo cual se emborracha con algunos de los suyos la primera noche, teniendo las mujeres el cuidado de recojer y esconder todas las armas » (Outes, *Observaciones*, 205), costumbre que, medio siglo después, todavía no había desaparecido : « Primero las mujeres recogían cuidadosamente todos los cuchillos, lanzas, boleadoras y otras armas peligrosas que estaban en manos de los hombres borrachos » (W. H. Hudson, *Días de ocio en Patagonia*, 109 ; Buenos Aires, 1940), o bien según otro viajero : « Tan pronto como se descargaron las orzas y pellejos en el toldo de Cheoeque, se hizo circular la orden de entregar todas las armas, y con algún trabajo se recogieron casi todas, y se las depositó en lugar seguro » (Musters, *Vida entre los Patagones*, 319).

[17] No es frecuente encontrar en otros autores la descripción del procedimiento puesto en práctica por los aborígenes para dar muerte a las reses. Mansilla se hace eco del golpe de bolas en la frente del vacuno usado entre los Ranqueles con el propósito de desmayarlo y no hacerlo sufrir (Mansilla, *Excursión*, II, 25) ; Hudson, a su vez, habla de la bebida aun caliente de la sangre (Hudson, *Días de ocio*, 109), aunque no succionado directamente del animal.

[18] Debemos reconocer que la frase es bastante ambigua ; si la 'operación' a que San Martín se refiere es a la muerte y descuartizamiento de la res, nada hay que objetar ; en cambio, si ha querido referirse al tiempo empleado pora la cocción, corresponde señalar que es extremadamente exiguo. Pocas décadas después, la cocción de la carne, sin alcanzar a lo que acostumbramos nosotros, no era tan mínima según lo señalado en el texto. No faltan, sin embargo, excepciones : Mansilla — en tren de hablar mal de una de sus 'bestias negras' escribe que « le entregaron la yegua [a Caniupán], la carcearon en un santiamén y se la comieron cruda, chupando hasta la sangre caliente del suelo » (Mansilla, *Excursión*, I, 169). En cambio Musters, refiriéndose a los Patagones que trató durante su viaje, establece que la carne del yeguarizo « no la devoran cruda como con tanta insistencia se afirma » (Musters, *Vida entre los Patagones*, 272). Hay de por medio, sin em-

bargo, un comportamiento distinto con el avestruz, cuya cocción era perfecta (Musters, *Vida entre los Patagones*, 195).

Al parecer, son modalidades ya de momento, de circunstancias y aun de agrupaciones que sería difícil valorar con los escasos elementos que se poseen.

[19] Las armas mencionadas, vistas en manos de los Pehuenche establecen una variación fundamental de las que se señala como propias en el proceso de 1658. En este, según el testimonio de casi todos los encausados, eran flechas las que aquéllos traían para proveer a las entidades mendocinas — inermes, al parecer — (Cabrera, *Aborígenes*, 124, 125, etc.). En el armamento que les atribuye San Martín hay, indudablemente, influencias extrañas: la española en la adopción del machete y el cuchillo, mientras que las lanzas, en el mismo proceso ya citado, siempre se las indica de proveniencia « auca » (Cabrera, *Aborígenes*, 124, 125, etc.).

[20] Este procedimiento de recubrir la excavación para contener a los líquidos, ya tiene su antecedente édito en la narración que hiciera el dos veces náufrago Morris y huésped — contra su voluntad — de los indígenas del cacique Bravo (Isaac Morris, *A narrative of the dangers and distresses which besel...*, seconde dition, 55 y sgte.; London, s. f.); para la misma región oriental del Neuquén tenemos un testimonio más reciente (Hudson, *Días de ocio*, 109), e igual costumbre la señala Parker King para los « araucanos » de Bío-Bío, que también eran consumidores de piñones (*Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836*, I, 311; London, 1839). Se trata, por consiguiente, de una costumbre que, sin forzar términos, puede considerarse propia de los Pehuenche en consideración al ámbito en que ha sido señalada y a su duración de un más de un siglo. Sin profundizar el tema, creo que tal práctica es consecuencia de los hábitos errabundos de los indígenas y adquisición de la vida ecuestre, inapropiada al transporte de las vasijas de barro cocido.

[21] No tengo recuerdo de esta práctica como costumbre de otros etnos; por esa misma circunstancia conviene dejar asentado que puede tratarse de una modalidad local, sin proyecciones para el resto de la entidad aborigen.

[22] No deja de arrojar un rayo de luz — de colores menos repulsivos — la abstención de un grupo de mujeres para cuidar el orden de la concentración tribal durante la orgía báquica.

[23] La descripción no puede ser más vívida, sin pretender San Martín hacer literatura. Una vez más, es necesario reconocer que en todo ser superior hay un poeta latente que — llegada la oportunidad — se manifiesta inconscientemente.

[24] Recuérdese que también entre los Araucanos el obsequio del poncho tejido por la mujer, era prueba de aprecio. Mansilla confirma la significación que tiene el poncho hecho por la « mujer principal » : « Si alguna vez no hay paces — le dice Mariano Rosas al hacerle el obsequio — mis indios no lo han de matar, hermano, viéndole ese poncho » (Mansilla, *Excursión*, II, 306).

[25] Aunque ya conocida para otras entidades étnicas, es interesante que haya quedado consignada esta práctica para los Pehuenche. Rosales ya la menciona entre los Araucanos : « En pariendo (que ordinariamente es sin ayuda de partera) se meten en el río y se laban muy bien y vañan la criatura » (Diego de Rosales, *Historia general de el Reyno de Chile. Flandes indiano*, I, 165 ; Valparaiso, 1877).

[26] Esta apostilla no tiene carácter etnográfico, pero sí de valoración histórica para conocer la contextura moral y firmeza de creencias religiosas de San Martín por cuanto en la situación aludida no había motivo para simular — como muchos le han atribuído, dando motivo a una excelente refutación del R. P. Furlong — (Guillermo Furlong, *La religiosidad del general San Martín*, en *San Martín, Revista del Instituto nacional Sanmartiniano*, año VIII, n°s 27, 45 ; Buenos Aires, 1950).

[27] Desde el punto de vista etnográfico esta definición de los Pehuenche constituye un verdadero golpe de maza a los glosadores araucanizantes.

En otros términos : lo que todos estos antecedentes refutan es la siguiente aseveración referente a estos indígenas : « A consecuencia de fuertes infiltraciones de Araucanos de Chile, que a partir de mediados del siglo XVII comenzaron a pasar la cordillera y asentarse entre ellos, aquellos pueblos fueron poco a poco perdiendo su idiosincrasia anterior y se araucanizaron. En lo esencial, la transformación estaba ya completada a principios de la XVIII centuria » (Salvador Canals Frau, *Prehistoria de América*, 299 ; Buenos Aires, 1950 ; términos similares en : Salvador Canals Frau, *La población prearaucana de la cordillera del Neuquén y sur de Mendoza*, en *Gaea. Anales de la Sociedad argentina de estudios geográficos*, VI, 66 ; Buenos Aires, 1938).

[28] En realidad, según ya se ha indicado en la nota 1, los Pehuenche, para la época en que comenzamos a conocerlos históricamente,

ocupaban — y siguieron invadiendo — parte del versante pacífico de los Andes. Desgraciadamente, no tenemos documentación que signifique ratificar o rectificar los conceptos de San Martín a comienzos del siglo XIX.

[29] Es difícil establecer la exactitud de estas cifras por cuanto San Martín parece referirse a la población total, mientras que los cronistas, generalmente, lo hacen de los hombres de guerra.

[30] Todas estas aseveraciones son análogas a las establecidas por otros cronistas. Falkner menciona, también, los daños ocasionados por la viruela entre los Pehuenche (Falkner, Tomás, *Descripción de la Patagonia*, en *Biblioteca Centenaria* [*de la*] *Universidad Nacional de la Plata*, I, 90 ; Buenos Aires, 1911).

[31] Concuerda este dato con el expresado por otros, de lo que da testimonio el preciso párrafo de Pietas: « los ritos y costumbres de esta nación si se hubiesen de decir todos, era necesario escribir un tomo; diré en esto lo que pudiere y bastare a no ser molesto : sin tener adoración alguna, observan en casamientos, en enfermedades, en muertes, en fracasos y en todos acaecimientos unas disparatadas e infernales leyes que ellos llaman Admapo » (Pietas, *Noticias*, 487). Aclaro, para evitar equívocos, que lo copiado corresponde a los Huiliche del autor, quien, al considerar a los Pehuenches, indica : « siguen los mismos ritos y costumbres » (Pietas, *Noticias*, 499).

[32] Molina los califica de « valerosos y bravos soldados » (Molina, *Compendio*, 222).

[33] En un lapso no mayor de 50 años se produjo en los hombres Pehuenche un cambio notable de costumbres. La pigricia que les atribuye San Martín fué adquirida — por causas que ignoramos — durante el medio siglo aludido. Los cronistas que lo inician son explícitos al respecto : « a pesar de su genio inquieto y vagabundo, son los más laboriosos... En sus toldos jamás están ociosos... Los hombres se aplican ya a texer bellísimos cestos, y a hacer otras bellas obras de madera, de plumas, o de pieles, que son muy buscadas de sus vecinos » (Molina, *Compendio*, 225 y sgtes.), y Vidaurre, a su vez, lo confirma en términos no menos elocuentes : « los peguenches son los más activos, los que emplean más y mejor el tiempo en haeer, ya cestos, ya platos de madera, ya colchando riendas de cuero de guanaco y otras bagatelas de esta especie » (Gómez de Vidaurre, *Historia*, 300).

[34] En la nota 5 he señalado que ya para 1563 Pedro de Leiva indica que con los piñones, los Pehuenche hacían « el vino » y que un

siglo después, en el proceso de Mendoza, se menciona la recolección de vainas de algarroba (*Prosopis* sp.) — que bien pudo ser empleado para la fabricación del 'patay' — y de drupas de molle (*Schinus* sp.), posiblemente con el propósito de elaborar bebidas alcohólicas, es decir, la chicha nombrada por San Martín y de cuyo uso Falkner ha dejado constancia (Falkner, *Descripción*, 90 [1]), como, también, Pietas : « usan, aunque no tan contínua, la embriaguez con chicha que hacen de una fruta menuda que la llaman Muchi [2], y la dan unos arbolitos pequeños : es muy fuerte y olorosa » (Pietas, *Noticia*, 501).

Sin querer establecer que todas las parcialidades del Neuquén y regiones colindantes hayan sido Pehuenche, conviene recordar un ilustrativo párrafo de Pietas que da perfecta cuenta de la situación ya por entonces — 1729 — consuetudinaria que arrastraban los aborígenes y que parece escrito para comentar el texto de San Martín. Dice así : « solo es honrado y aplaudido el que tiene con qué ser mas vicioso, como se ve en los que tienen muchas mujeres, porque ellas son las que hacen la chicha, que es su bebida, y sin que se escape fruta ni grano de que no la hagan : en esto emplean los mas de los dias y las noches » (Pietas, *Noticias*, 487).

Los Poya del Nahuel Huapi preparaban « la chicha que hacen de unas frutas silvestres de los árboles, porque tienen poco grano, las mas principales son muchi i laurapú, que no se a qué árbol pueda corresponder en Europa, si bien el laurapú me parecía que tenía el olor del lentisco. Una i otra embriagan » (Olivares, Miguel de, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)* en *Colección de Historiadores de Chile i de documentos relativos a la historia nacional*, VII, 511 ; Santiago,

[1] En otros trabajos he hecho referencia a la faz hilarante que tienen las notas 'aclaratorias' de Lafone Quevedo al texto del jesuíta inglés. En el lugar aludido 'aclara' el término chicha escribiendo : « aloja por lo general de maíz », sin pensar en la incongruencia que importa adjudicar tal grano a los Pehuenche de la XVIII centuria.

[2] El 'muchi' es el *Schinus polygamus* (Cav.) Cabr., forma *patagonicus* (Phil). Cabr., según reconocimiento del material etnográfico por Phillippi (*Catálogo de las plantas recojidas, hecho por el doctor R. A. Phillippi*, en Guillermo E. Cox, *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*, 211 ; Santiago de Chile, 1863) ; he modernizado la clasificación según : Ángel L. Cabrera, *Revisión de las Anacardiáceas austroamericanas*, en *Revista del Museo de La Plata*, nueva serie, *Botánica*, II ; Buenos Aires, 1938.

1874) y cuando se propagaron los manzanares, se dió comienzo a la fabricación con la fruta de los mismos (Olivares, *Historia*, 518).

Ya en pleno territorio patagónico, el 'michai' o 'calafate' (*Berberis* sp.) (Latcham, Ricardo E., *La agricultura precolombiana en Chile y los países vecinos*, 67 ; Santiago, 1936 ; Lista, Ramón, *Mis esploraciones y descubrimientos en la Patagonia, 1877-1880*, 124; Buenos Aires, 1880), fueron la fuente productora de la bebida excitante.

[35] Molina también lo ha señalado : « las mugeres fabrican mantas de varios colores » (Molina, *Compendio*, 225 y sgte.).

[36] Esta capacidad de comercio de los Pehuenche y los renglones que lo constituían ya quedaron consignados por los cronistas que los conocieron media centuria antes : « todos los años — dice Molina — entran en las confinantes provincias Españolas, donde tienen una especie de feria que suele durar 15 ó 20 días ; conducen sal fosil, yeso, brea, cobertores de cama, ponchos, pieles, lana, riendas de cuero perfectamente entretexidas, canastos, vasijas de madera, plumas, y huevos de avestruz, caballos, novillos, etc., y en cambio reciben trigo, vino y mercerías de Europa » (Molina, *Compendio*, 226) y, en lo referente al trueque de la sal, Gómez de Vidaurre trae otros pormenores asaz interesantes que muestran la proclividad dolosa con que usaban de su inteligencia : « aprovéchanse tambien de la sal que se da en su territorio, comerciando con ella entre los españoles ; en suma, son los mas traficantes de los chilenos. Todo este comercio se hace por medio del cambio, por ejemplo, una carga de sal por una de trigo o de cebada, pero antes de recibir ellos el trigo tienen a remojar sus sacos por lo menos una noche y procuran que vayan bien colmados, cuando la sal que ellos traen es solo por la midad de su capacidad (Gómez de Vidaurre, *Historia*, 300 y sgte.).

APÉNDICE

Relacion be una Mision nueba, dentro y mas aca de las Cordilleras, por la conversion y reduccion de los Pehuenches y Puelches, dos castas de Yndios que alli asisten diferentes; asi por lo tamaño de sus cuerpos que por la diversidad de sus lenguas y usanzas; hecha para ser presentada a su Magestad Catholica con el animo que por orden de su gran piedad, y real providencia, se acabe la conversion y la total reduccion de esas naciones tan faciles y tan dignas de sus compasion Real; por la estrema ygnorancia de Dios, y de su Santa Religion, en que han bibido hasta agora, y bibiran muchos siglos: tanto por la frialdad de sus cordilleras, que por la pobreza y suma esterelidad de sus tierras; sino se adelantara y cultivara una mision tan felismente comensada y continuada por espacio de dos años por un solo sacerdote.

Salí de Francia agora diez años, con intencion de ver antes de morir, como se tratavan las misiones entre gentiles, después de pasados los primeros quinze años de mi sacerdocio en frecuentar continuamente las misiones entre cristianos. Llegue al puerto de la Concepcion de Chile; cerca de alli me quede, para hacerme capaz, en las lenguas castellana y Yndia; con la licencia del ilustrisimo Señor Dn. Diego Montero del aguila Obispo, hize mission en la Laja, a San Christobal en el fuerte de yumbel; y fui tambien cura bicario en el fuerte de San Pedro, y otra vez en el Talcamavida entre Españoles y Yndios, despues pase a tucapel tierra de adentro entre los Yndios y batizé cerca de tres mil yndios, grandes y chiquillos mas por aver reparado que adentro de las cordilleras, y mas alla de ellas nunca avian tenido misioneros, quize ver que casta de gente eran; y que imposibilidad avia, para no tratar con ellos de su salvacion, marche siete dias solo: llegue: y desde el dia siguiente, enseñe los misterios de nuestra Santa fé, y batize a seis chiquillos del consentimiento de sus padres, continué y asistí con ellos dos años, por tiempo de berano no mas, me lebantaron una Yglesia, en que dixe misa repetidas vezes: maravillados de ver ceremonias nunca vistas en sus tierras, caze a muchos, y confese convirtieronse poco menos dos mil almas y del consentimiento del presidente de Santiago Don Fermin de Ustariz, y del Ylustrisimo Señor Don

Diego Montero del aguila Obispo de la Concepcion la dicha Yglesia fue declarada por feligresia ; y se entituló la Yglesia de Santa Cruz de Guenuco las Cordilleras, vine después a la ciudad de la Concepcion por las necesidades de mi Mision, a donde enferme : quando fui mejor de salud, llego al puerto el navio que me paso aca en Lisboa, en calidad de capellan, por que no lo tenian y crei quera la providencia de Dios, la que me facilitava todos esos medios, para que viniese a ynformar a vuestra Magestad Catholica, de dos cosas que parecen absolutamente necesarias, para acaban en pocos años la conversion y la Reducion de los puelches y peguenches que biben desde el cabo de Horno hasta el bolcan grande en frente de la Concepcion digo en pocos años, por que las dificultades que se hallan en la conversion de los yndios que asisten entre el mar y los cerros de la cordillera ; se originan de dos cosas la una, es su borrachera continua de ellos por la qantidad de vino y de manzanas que tienen y la segunda es la pluralidad de mugeres ques usada entre ellos ; y aun se podrian decir otras razones ; mas todas esas dificultades no se hallan en los puelches ny siembran ny cosechan, ny tienen albor fructifero usan el tener una muger no mas y agora no comunican con Españoles. De las dos cosas que digo necesarias para la total conversion de aquellos ynfieles la primera es que la Yglesia de Santa Cruz ; y quantas se levantaran después en otros lugares algo distantes tengan cien pesos de renta anual para el sustento de su parrocho ; asi no tendra la necesidad de menearse de su Yglesia y de apartarse de su ganado, los meses enteros, para buscar con que comer y vestir ; basta esa corta renta para un sacerdote que no trata sino de salvar almas y las suia propia ; que se tiene ya por cierto, que un misionero muy gordo puede correr poco ; y que donde esta el tesoro, alli tambien se queda el corazon y el cuerpor para guardarlo. La segunda cosa es que vuestra magestad catholica, del consentimiento del Sumo Pontifice, nombre y ponga un Obispo nuebo in partibus ynfidelium, para los pehuenches y puelches, y que no tenga más renta que el parrocho de una de sus Yglesias ; que santo servira asi pobre, como si estubiera mas rico — para eso digo muchas razones — primo. es que la misma naturaleza parece aver separado el Obispado de la Concepcion de con el Obispo que governava la Yglesia, de la otra banda de las Cordilleras ; basta mirar lo alto ; lo ancho ; y lo largo de esas cerranias, y su temple tan diverso. Secundo por espacio de siete mesess es imposible pasar las Cordilleras, para venir a la Concepcion que dista de siete dias de camino a caballo ; y es preciso dormir fuera de casa,

por que no ay poblacion, y todo es de nieve, y yelo en las Cordilleras, por tiempo de ynbierno, tercio, ya tiene el Santo Obispo de la Concepcion, hartas tierras que governar por lo espiritual; pues se entiende su Obispado mas de trescientas leguas de largo; con quarenta leguas de ancho y casi infinitos yndios que reducir, desde el Chiloe hasta arauco-quarto es que estos parajes y el genio de la gente que alli asiste, pide otra forma de mision muy diferente de la que acostumbran los misioneros que asisten de la banda del mar. Dexo todo lo referido entre las manos poderosas de Dios; y en la Real providencia y disposicion de vuestra magestad catholica; y tambien mi propia persona, si conbiniera que baya otra vez yo soi pronto: sino conviene: siempre estaré rendido a là orden de un Rey Catholico, que Dios guarde, para la consideracion y aumento de la fé catholica, entodas las tierras de su amplísimo Reyno. Don *Julian de Macé* presbitero misionero.



Publicación autorizada por Resolución Ministerial del 19 de mayo de 1953
(Expte. 39.492/53)

CONI
BUENOS AIRES